

LA LLAMADA

Miguel O. Catolino

El Capitán de Navío Miguel Oscar Catolino egresó como Guardiamarina el 27 de octubre de 1955. Pasó a retiro el 1° de mayo de 1985. Fue Comandante del remolcador ARA Ona, del buque oceanográfico ARA Goyena y del destructor ARA Bouchard, 2° Comandante del portaaviones ARA 25 de Mayo y Director del Liceo Naval Militar Almirante Storni. Es Licenciado en Sistemas Navales. Es autor de colaboraciones sobre temas históricos y militares aparecidas en el BCN (Nros. 671, 679, 768, 803 y 806) y obtuvo el premio Doctor Collo en el bienio 2000/01 por su artículo "Un mal de nuestro tiempo. El vaciamiento de las palabras". Otros escritos suyos han sido publicados en el diario El Territorio de la ciudad de Posadas, La Gaceta Marinera y en la Revista de la Escuela Nacional de Inteligencia.

Me encuentro esperando mi turno para una revisión médica de rutina, o sea un chequeo, como suele decirse en este idioma actual tan plagado de innecesarios anglicismos, cuestión que no deja de preocuparme, porque entiendo que es algo así como una gratuita pérdida de identidad. Resulta increíble que, en los estratos altos de la sociedad (me refiero a las personas con alto grado de preparación intelectual, como son, por ejemplo, los médicos, introductores de la susodicha palabra), se cuida tan poco este patrimonio común de los argentinos y de todo el orbe hispanoamericano. Los primeros inmigrantes, gente en general iletrada que hablaba el cocoliche, una mezcla alrevesada de su propio idioma y de mal pronunciado castellano que se esforzaban por aprender, manifestaban de esa forma su voluntad de integrarse a la nación que los había acogido, y ahora, sus nietos o sus bisnietos profesionales echan por tierra ese esfuerzo al adoptar –innecesariamente repito– vocablos extranjeros.

Pero el tema es otro, y lo motiva el hecho de ver a unos jovencísimos cadetes con una sola rayita en la manga de su uniforme que, por algún motivo, han viajado desde Río Santiago hasta este hospital naval. Pasan delante de donde yo me encuentro en busca del lugar preciso al que se dirigen, o sea, alguna de las "baterías" que fragmentan el amplio subsuelo del hospital.

Los rostros frescos, los delgados cuerpos y, sobre todo, el uniforme que visten, una de las pocas cosas que no han cambiado desde la época en que yo mismo lo vestía, me retrotraen a un pasado ya algo lejano, postrimerías de la década de 1940. Los recuerdos se suceden rápidamente, y evoco en seguida mi propia adolescencia. Entonces, se me presentan dos imágenes. La primera: en medio de un paisaje antártico, un hombre vestido con gruesas ropas de abrigo y cubierto con la inconfundible gorra de oficial de Marina toma alturas con su sextante. Debajo una leyenda:

"Allá donde la Patria se prolonga, la Marina de Guerra estudia y trabaja".

La segunda: un cadete en uniforme de gala y de espaldas al observador abre un pesado portón de rejas detrás del cual se ve un gran hemisferio terrestre. Como título:

"Ingrese a la Escuela Naval Militar".

Dichas escenas se mostraban en carteles. Un cartel se veía en algunos lugares de la ciudad, el otro estaba colocado en el patio del colegio nacional en el que cursaba los primeros años del bachillerato. Era evidente que apuntaban al temple romántico y aventurero que



reina en las honduras de toda alma en la que, por la edad, aún se conservan con lozanía las lecturas de Salgari, Julio Verne, Edgar Rice Burroughs, Jack London y otros grandes narradores de viajes y de aventuras. El impacto que me causaron fue uno de los motivos por los cuales decidí ingresar a la Escuela Naval.

Hoy, después de muchos años, con profusión de millas navegadas en el mar y en la vida, casi viejo y retirado hace ya algún tiempo después de varias décadas de servicio, tengo un especial recuerdo de esos dos avisos. A diferencia de la mayoría de las propagandas comerciales, no eran engañosos, sino que reflejaban, mediante sus respectivas proclamas e imágenes, la realidad de la vida del marino y de lo que ella ofrece a quienes la abrazan. En su momento, esas emotivas representaciones motorizaron un impulso todavía indefinido, pero ya orientado a la búsqueda de alguna finalidad trascendente en mi futura vida adulta, dieron sentido a mis esfuerzos y preanunciaron con certeza el curso que seguiría mi existencia laboral.

El primer anuncio ponía el acento en el servicio a la Patria, la esencia misma de nuestra actividad. El escenario antártico en el que se veía al oficial del sextante era una clara muestra y, a la vez, una alegoría de los lugares no siempre amenos en los que la Armada cumple su misión. Como muchos de mis camaradas, tuve la suerte de conocer el continente helado, pero aunque esa posibilidad no se hubiera dado, la mayor parte de mis días en el mar, como le ha ocurrido a la generalidad de los que visten el uniforme azul, transcurrieron en el rudo mar patagónico (allá donde la Patria se prolonga) que, como se sabe, no suele ser siempre demasiado benévolo con los que surcan sus aguas.

En cuanto al segundo anuncio, el del cadete abriendo el portón para descubrir el mundo, era todavía más simbólico que el anterior, pero igualmente ajustado a la verdad. Al poco tiempo de ingresar, comprendí que, más allá de los diversos países que la Armada me daría la posibilidad de visitar y de las realidades ajenas a las nuestras que conocería, en el orbe geográfico representado en el cartel en forma directa, había también una alusión metafórica al mágico universo del conocimiento, en el que la Armada siempre tuvo obligada pertenencia.

Independientemente de los numerosos cursos que jalonan la carrera, hay en esta una arraigada exigencia de autoformación, y en toda ella está latente la idea de la necesidad de un continuo aprendizaje para que la mente, de suyo limitada, se expanda y profundice no solo en lo estrictamente profesional, sino también en las más variadas y encumbradas expresiones del saber, ya que ambos aspectos, indispensable el uno y enriquecedor el otro, categorizan y ennoblecen el ministerio del Oficial de Marina. Establecido o no, el concepto de “esfuerzo permanente y educación constante” que marca el camino de la superación ha sido desde siempre el *Leitmotiv* de la carrera. El portón de hierro era la imagen de las dificultades, que no son pocas ni sencillas, que hay que vencer para acortar la distancia hasta la meta –una meta que nunca se alcanza–, y es un esfuerzo riguroso, pero también y por sobre todo generosamente benéfico, no en el sentido material, pero sí en el menos vulnerable y más trascendente, que es el espiritual. No puedo dejar de preguntarme en cuántos otros lugares ocurre algo similar.

Hoy, a la distancia, agradezco a esos dos carteles haberme introducido en este mundo fascinante. No despertaron mi vocación. La vocación vino después, con la experiencia, pero obraron como una portentosa e ineludible llamada. ■